

¿Teorías científicas fuera de lugar? Algunas derivas del evolucionismo en el positivismo argentino

CRISTINA BEATRIZ FERNÁNDEZ

Universidad Nacional de Mar del Plata — CONICET

*hasta qué punto nuestro deseo por la autenticidad
ha tenido que expresarse en un lenguaje ajeno.*
Roberto Schwarz

El propósito de este trabajo es estudiar comparativamente dos textos escritos en la Argentina a comienzos del siglo xx: La simulación en la lucha por la vida de José Ingenieros y Los simuladores del talento de José María Ramos Mejía. En ambos casos se estudia la relación de los textos con el léxico y los conceptos heredados de las teorías evolucionistas, los cuales se transforman, en estos textos, en claves de interpretación del proceso cultural y político local. El artículo concluye con una reflexión sobre la dialéctica de apropiación y transformación de las teorías científicas de origen europeo en el ámbito latinoamericano.

Es un lugar común decir que el positivismo argentino estuvo marcado por un predominio de las ciencias médicas y biológicas, que aportaron teorías y procedimientos discursivos a la llamada 'literatura de ideas'. El problema puntual que nos interesa tratar aquí es el de la apropiación peculiar que el evolucionismo, como tantas otras teorías de origen europeo, sufrió en América Latina y, particularmente, en el contexto rioplatense, en épocas de inmigración masiva y de constitución de la nacionalidad. Más específicamente, nos concentraremos en el concepto darwiniano de *mimetismo* que es interpretado/transformado en el de *simulación* por José Ingenieros y uno de sus maestros, José María Ramos Mejía, que en este punto se convirtió en su sucesor.

En consecuencia, tomaremos como eje para este trabajo un texto de José Ingenieros, *La simulación en la lucha por la vida* y un eco local de ese texto ingenieriano, *Los simuladores del talento*, de José María Ramos Mejía. La primera obra fue publicada en 1903 y es, en realidad, la introducción a la tesis de psiquiatría que Ingenieros presentó a la Universidad de Buenos Aires en 1900, titulada *La simulación de la locura* (de aquí en adelante, *Simulación*), el trabajo que cimentaría la fama de Ingenieros como *alienista*, sociólogo y criminalista.¹ En cuanto la obra de Ramos, su primera edición es de 1904.

¹ La tesis que Ingenieros presentó a la Facultad era sólo el capítulo dedicado a los alienados verdaderos. Después publicó otras secciones en *La Semana*, los *Archivos* y la *Revista de Derecho, Historia y Letras*. En 1903 apareció el volumen definitivo: *Simulación de la locura ante la sociología criminal y la clínica psiquiátrica*,

Address correspondence to Cristina Beatriz Fernández, Facultad de Humanidades de la UNMDP, Departamento de Letras, Funes 3350, 7600 Mar del Plata, Argentina.

Biología al servicio de la gobernabilidad

En *Simulación* explícitamente se dice que la intención del libro era develar los mecanismos de la simulación para poder detectar a los delincuentes que simulaban la locura procurando evadir la pena, a los falsos mendigos que pretendían explotar la caridad pública o a los también falsos enfermos que sólo buscaban evitar el servicio militar. En definitiva, el problema residía en la gobernabilidad, uno de los ejes de la cultura letrada latinoamericana — sobre todo de su tradición ensayística, desde el *Facundo* de Sarmiento en adelante —, que se servía, en este caso, del modelo ofrecido por las ciencias médicas y biológicas. La tesis central del libro de Ingenieros afirma que el principio de mimetismo, que garantiza en los animales una de las formas de lucha por la vida, está presente también en las sociedades humanas, bajo las diversas formas de la simulación. La idea básica del texto, a saber que la simulación es una de las formas de la lucha por la vida y que corresponde a las formas más *civilizadas* de organización social, en las cuales el fraude ha reemplazado a la violencia, era tributaria de la antropología lombrosiana, como podemos apreciar en la siguiente cita del afamado investigador italiano:

Según Ferrero [*Violenti e fradolenti in Romagna* en *Il mondo criminale italiano*, Milán, 1894], son dos los tipos de civilización que el hombre ha creado hasta ahora: el tipo violento y el fraudulento. Uno y otro difieren fundamentalmente en la forma que toma en cada uno la lucha por la existencia. En la civilización primitiva, de tipo violento, la lucha se hace mediante la fuerza; el poder político y la riqueza se conquistan con las armas en perjuicio de pueblos extranjeros o de conciudadanos más débiles; la competencia comercial entre los pueblos se hace con el ejército y la armada, expulsando violentamente a los antagonistas de los mercados que se pretenden monopolizar; las discusiones jurídicas se resuelven por el duelo.

En la civilización de tipo fraudulento, la lucha por la existencia se desarrolla por la astucia y el engaño; los duelos judiciales se reemplazan por los pleitos y habilidades de los abogados; el poder político se conquista, no con el acero de las armas, sino con dinero, sustraído de los bolsillos ajenos, por fraudes y maniobras misteriosas, como las jugadas de bolsa; la guerra comercial se hace con el perfeccionamiento de los medios de producción, y, sobre todo, de los métodos de engaño, esto es, por las falsificaciones habilidosas que dan al comprador la ilusión de haber realizado una buena compra. (Lombroso 1902: 63)

Para Lombroso — una de las lecturas más evidentes en la producción ingenieriana —, la criminalidad estaba determinada, en gran medida, por cuestiones hereditarias, lo que la tornaba en objeto de las ciencias médicas y biológicas. En efecto, en las sociedades modernas del período de entresiglo, los criminales eran vistos como un tipo especial de seres que mantenían caracteres de un pasado ancestral, por lo que les era innato comportarse como un *salvaje normal*, algo que en las sociedades occidentales era considerado criminal. Por eso, para estudiar el crimen, los lombrosianos necesitaban analizar al criminal, dejando de lado todo posible cuestionamiento a la sociedad en su conjunto y privilegiando factores anatómicos, raciales, etc.² Sin embargo, Ingenieros se

¹ *Continued*

precedida por un estudio sobre *La simulación en la lucha por la vida en el orden biológico y social*. Más tarde hubo muchas reimpressiones por separado de *La simulación en la lucha por la vida* y *La simulación de la locura*. Cabe recordar aquí que la Academia de Medicina de Buenos Aires otorgó a Ingenieros, por *La simulación de la locura*, la medalla de oro reservada a la mejor obra científica argentina.

² Sobre este punto, creemos oportuno recordar un célebre cuento coetáneo: 'The Sign of Four' de Sir Arthur Conan Doyle (1890), donde primitivismo y crimen son atributos casi equiparables.

alejaba parcialmente de esta lectura cuando encuadraba *Simulación* en la ‘psicología social’, lo que lo obligaba a mirar más allá del individuo. Para él, había una continuidad entre la simulación biológica o mimetismo y la simulación de tipo social. Y la diferencia entre ambas era de grado, no esencial:

Entre el gusano disimulador de su cuerpo bajo un copo de algodón y el delincuente disimulador de su responsabilidad jurídica tras una enfermedad mental, debía lógicamente existir un vínculo: ambos disfrazábanse para defenderse de sus enemigos, siendo la simulación un recurso defensivo en la lucha por la vida. (Ingenieros 1962a: 23)

Entre la ciencia y la literatura

Dada su explícita condición de haber oficiado como introducción a una tesis médica, *Simulación* nos acerca a la temática del tratado, aunque eventualmente Ingenieros llame ‘ensayo’ a este texto (1962a: 32). A esto se suma la presencia de otras tipologías discursivas que atraviesan o se filtran en la escritura de Ingenieros. Así, por ejemplo, leemos en la ‘Introducción’ un pasaje con un notable sesgo autobiográfico, en el cual se ubica la literatura en la génesis de la preocupación médica por el tema de la simulación, puntualmente, a partir de la lectura de *El enfermo imaginario* de Molière:

De sobre el velador tomamos una noche el *Malade imaginaire*, de Molière, para continuar su comenzada lectura, con el higiénico propósito, entre otros, de no adormecernos bajo la influencia poco grata de una monografía sobre *Nuevos tratamientos de los bolos fecales*, cuya lectura acabáramos en el *British Medical Journal*. (Ingenieros 1962a: 21)

Es cierto que la referencia a la literatura era una marca frecuente en los textos de la época: el vínculo entre las letras y las ciencias era característico de la ‘ciudad letrada’ del Buenos Aires finisecular — para usar el concepto de Ángel Rama —, pues muchos de sus miembros eran médicos, ya que esa profesión liberal era una de las escasas modalidades que otorgaban acceso a un estilo de vida que permitía financiar el trabajo intelectual — pensemos en el mismo Ingenieros, en Wilde o en Holmberg —. En ese período, el incipiente apoyo estatal todavía no lograba sustituir el antiguo mecenazgo que amparaba al letrado y tampoco había un mercado consolidado que permitiera la autonomía del escritor.

En el caso de Ingenieros, los textos literarios que cita adquieren un valor agregado a su dimensión estética, ya que personajes y situaciones ofician como *casos*, en el sentido clínico del término, susceptibles de ser analizados biológica o psiquiátricamente. El sintomático desliz genérico hacia la autobiografía, una forma más cercana a la literatura que al discurso científicista de los tratados, es notorio en varios pasajes de *Simulación*, sobre todo de la ‘Introducción’, donde se hacen observaciones de tono intimista respecto del narrador-expositor, observaciones que le dan un tono confesional a la que luego se transformará en una exposición más *técnica*.³ En otro de sus textos, *La psicopatología en el arte*, leemos una percepción peculiar de la actividad del escritor que le permite colocarlo a la par de los practicantes de la ciencia:

Siempre merecerán sitio de honor, como grandes psicólogos, ciertos escritores que tuvieron especial perspicacia para observar y describir caracteres humanos [...] [M]uchos

³ Eso es notable en frases como las siguientes: ‘Sonaba involuntariamente en nuestro oído la invectiva de Cicerón’, ‘Tuvimos la percepción de algo dibujado en el campo periférico de nuestra retina’, ‘Creímos fuese ilusión óptica’, ‘¿Quién no ha descubierto, y acaso aplastado en su niñez, algunas de las orugas que suelen visitar nuestras vides?’ (Ingenieros 1962a: 22).

artistas fueron a la vez admirables observadores, de Eurípides a Dante, de Shakespeare a Goethe, de Cervantes a Molière; en sus obras podemos estudiar toda la gama anormal que oscila entre las pasiones y la locura, con la ventaja de estar ciertos rasgos mejor acentuados en la obra de arte que en la realidad misma. (Ingenieros 1962b: 304)

Es posible advertir aquí una suerte de visión naturalista intemporal sobre el quehacer literario, ya que se presupone que escritores tan disímiles como Shakespeare o Eurípides han escrito al modo de Zola, a partir de la observación. En este punto, es preciso recordar que el naturalismo, considerado una versión extremada del realismo mediante el recurso a las disciplinas científicas, se inspiró en textos como el *Curso de filosofía positiva* de Auguste Comte [1842] y la *Introducción al estudio de la medicina experimental* de Claude Bernard [1865]. Bernard consideraba la observación como el método ideal para la búsqueda científica y afirmaba, incluso, que 'la experiencia no es en el fondo más que una observación provocada con un objetivo cualquiera' (Bernard 1944: 31). Encontramos, así, un interesante diálogo *metodológico* entre las ciencias y la literatura: las recomendaciones de un manual de medicina acerca del método de observación fueron adoptadas por los escritores del naturalismo, y la literatura así generada nutrió la concepción de la literatura y el arte como fuentes de datos para el discurso científico de otro médico: Ingenieros.⁴ De ahí la importancia concedida a la recopilación de historias sobre la simulación y la locura provenientes de la literatura, de las que dice:

No son, ciertamente, *cuadros clínicos perfectos*, pero a pesar de sus imperfecciones se elevan a inmensa altura psicológica sobre las *historias* que suelen recogerse en los manicomios (1962b: 305, nuestro énfasis)

Notemos aquí que en esa época, la naciente psicopatología argentina había desatado una verdadera cacería de 'historias' — como las llama Ingenieros —, con el fin de analizar y clasificar toda suerte de *desviaciones*, desde la locura hasta la homosexualidad (Salessi 1994). Por otra parte conviene advertir que la evaluación a que Ingenieros somete esas historias contiene parámetros estéticos: en cierto sentido, nos está diciendo que la ficción literaria es más acertada o exhibe mejor las características de los distintos *casos* clínicos que las historias tomadas de informantes reales. Pero además, la literatura ilumina la simulación porque puede nacer de ella:

Otro caso de neurópata simulador merece, por lo extraordinario, recordarse en pocas líneas. Se trata de un original literato, enfermo de neurastenia cerebral [...]. Ha simulado los hechos más inverosímiles, sin tener en ello la menor utilidad, ni siquiera el deseo de ser creído [...]. Para eludir el molesto compromiso de un banquete ofrecido a varios amigos, simuló haber muerto, haciendo distribuir las esquelas de invitación a sus exequias fúnebres [...]. Por fin, ha simulado numerosos hurtos con el propósito de verse enredado en montepinescas aventuras policiales y, según nos ha manifestado, para *estudiar el ambiente carcelario y la psicología de los delincuentes, que — nuevo Dostoievsky — deseaba utilizar como material para una novela naturalista*. (1962a: 88–89; el énfasis es nuestro)

Si, por una parte, Ingenieros *literaturiza* la ciencia, haciendo del análisis psiquiátrico casi un capítulo de crítica literaria, por otro lado, ofrece una visión *saludable* de la

⁴ Acerca de las relaciones entre medicina y naturalismo, sostiene Bourdieu (1995: 180): 'la teoría de la novela experimental le ofrecía [a Zola] un medio privilegiado de neutralizar la sospecha de vulgaridad atribuida a la inferioridad social de los ambientes que describía y de aquellos que alcanzaba a través de sus libros: reivindicando el modelo de médicos eminentes, identificaba la mirada del *novelista experimental* con la *mirada clínica*, instituyendo entre el escritor y su objeto la distancia objetivante que separa a las grandes celebridades médicas de sus pacientes.'

literatura como fuente de información acerca de estados anormales o enfermizos. En este sentido, puede decirse que Ingenieros invierte totalmente el estigma que pesaba sobre el arte moderno a partir de la publicación en 1892 de *Degeneration* de Max Nordau. En su dedicatoria a César Lombroso, Nordau sostenía que el concepto de *degeneración*, introducido por Morel en las ciencias biológicas y desarrollado por Lombroso y otros para aplicarlo a la psiquiatría, la legislación criminal, la política y la sociología, debía ser usado en la crítica artística y literaria, porque escritores y artistas podían ser agentes de la degeneración.⁵ Rubén Darío ya había descalificado esta concepción del arte y la literatura por considerar ‘pseudocientífica’ la afirmación ‘de que los modos estéticos contemporáneos son formas de descomposición intelectual’ (Darío 1994: 91). Pero Ingenieros va más allá, cuando escinde los avatares de los personajes literarios — quienes pueden, sí, ser locos o simuladores — de la mirada casi clínica que les atribuye a los escritores y exime a estos últimos de toda acusación de inmoralidad, al convertirlos en colaboradores de la ciencia.⁶

El evolucionismo: de la metáfora a un nuevo orden conceptual para interpretar la cultura

La simulación no es el único concepto tributario del evolucionismo que encontramos en Ingenieros. El léxico propio de esa teoría científica atraviesa todo el texto de *Simulación*: vemos cómo hasta de las instituciones sociales se dice que tienen su ‘filogenia’; se habla de ‘selección natural’ en las sociedades humanas, etc. Lo peculiar es que en éste y otros textos de Ingenieros, las ideas evolucionistas se convierten en una suerte de clave interpretativa para comprender distintos fenómenos no exclusivamente biológicos.

En principio, podríamos considerar que este uso y abuso de términos en sentido metafórico es constitutivo de la escritura científica. Ya se ha dicho que analogías y metáforas juegan un papel fundamental en el discurso de las ciencias, en la medida en que éstas construyen modelos que representan el mundo: *simulaciones* matemáticas, físicas, gráficas o verbales que implican siempre algún modo de traducción.⁷ La metáfora no sólo es un procedimiento de *traducción* entre palabras y frases, sino que también pone en relación teorías, modelos de trabajo y discursos. Es, además, un vaso comunicante entre el discurso científico y otros discursos sociales (Bono 1990; Hayles 1990).

En el discurso de Ingenieros hay una explícita conciencia de esta posibilidad transdisciplinaria de la metáfora. Por ejemplo, en *Simulación*, en el apartado dedicado a ‘La lucha por la vida’, Ingenieros se preocupó por explicar que la frase ‘lucha por la existencia’ que aparece en los textos darwinianos ‘está empleada en sentido general y metafórico’ (la bastardilla es suya), ya que se trata de una expresión tomada de la doctrina de Malthus y aplicada a los reinos animal y vegetal en sentido figurado, pues no hace referencia a una lucha consciente y voluntaria.

La frecuente utilización en Ingenieros del lenguaje proveniente de las ciencias de la vida — medicina, biología — para representar o explicar fenómenos y procesos ajenos al

⁵ Al decir de Nordau (1993: v): ‘Degenerates are not always criminals, prostitutes, anarchists, and pronounced lunatics; they are often authors and artists. These, however, manifest the same mental characteristics, and for the most part the same somatic features, as the members of the above-mentioned anthropological family, who satisfy their unhealthy impulses with the knife of the assassin or the bomb of the dynamiter, instead of with pen and pencil.’

⁶ Gabriela Nouzeilles (1997) sostiene que la ciencia y la literatura del fin de siglo compartían el interés por lo que Darío llamó ‘la región oscura del misterio’, que alimentaba tanto manifestaciones estéticas como investigaciones psiquiátricas.

⁷ Ver especialmente el capítulo 2, ‘The Problematics of Representations’, en Locke 1992.

estricto orden biológico, nos lleva a la conclusión de que, más que de una simple cuestión léxica o estilística, se trata de involucrar distintos órdenes conceptuales. Uno de los mecanismos mediante el cual se da este cruce y unificación de saberes heterogéneos es el desplazamiento de lo que Gregorio Klimovsky (1995) ha denominado el 'contexto de aplicación' de las teorías científicas.⁸ Esto es posible gracias a la operatoria metafórica arriba descrita. Un caso paradigmático es el empleo de la teoría evolucionista de Darwin para explicar el funcionamiento de la sociedad y sus problemas, un desplazamiento, por cierto, no privativo de la obra de Ingenieros, como lo prueba la existencia del llamado 'darwinismo social'.

Pero, ¿cómo era posible efectuar esa translación del método de la medicina experimental al orden social? Recordemos que el positivismo concedió a muchas teorías científicas una proyección casi metafísica, al entenderlas como modelos interpretativos de la realidad en su totalidad. En el caso de Ingenieros, la filosofía positivista y científicista llegó a constituir un verdadero sistema, el 'monismo naturalista', que básicamente consistía en creer en la unidad fundamental de la materia, no sólo en el nivel biológico, es decir, para explicar la formación natural de la materia viviente, sino también en un nivel *espiritual*, pues se presuponía que la personalidad consciente y la función de pensar eran extensiones, concreciones en otro grado, de esa misma unidad fundamental de lo viviente. Y del monismo naturalista al organicismo había un solo paso; de ahí la facilidad con que el discurso médico se transformaba en el modo por antonomasia de examinar la realidad, no sólo natural, sino también artística y social, leyéndola 'analógicamente de acuerdo con las pautas de la enfermedad' (Terán 1986: 62). No obstante, Ingenieros no cayó en la simpleza del organicismo entendido al modo de Spencer: si, por un lado, no podía dejar de admitir 'la existencia de cierta analogía, imposible de olvidar, entre las leyes que rigen los fenómenos biológicos y los sociológicos', afirmaba que aceptar 'la teoría orgánica de las sociedades, enunciada por Spencer' ponía en entredicho la existencia de la sociología como disciplina autónoma, pues no sería más que una rama de la biología (1962a: 24).

Lo peculiar del caso de Ingenieros es que llevó esta noción hasta 'el umbral de una compleja teoría de la cultura' (González 1999: 60). Es decir que, así como el discurso médico y cultural de la época coincidían en que la degeneración comenzaba en el tope de la civilización, o sea, en los países más desarrollados (Pick 1999: 40), Ingenieros afirmaba que la cultura permitía una sofisticación de las posibilidades biológicas de la simulación. Y para probar esto, asignaba a la simulación los roles de instrumento y fin de los mecanismos de socialización por excelencia: la educación y la política. De la primera decía que buscaba la anulación de los caracteres individuales al distinguir como 'mejor educados' a 'los individuos que por su refinada aptitud para fingir consiguen disimular

⁸ Gregorio Klimovsky (1995: 29-30) adopta la distinción, elaborada por Hans Reichenbach, entre 'contexto de descubrimiento' y 'contexto de justificación' de las teorías científicas, que define así: 'En el contexto de descubrimiento importa la producción de una hipótesis o de una teoría, el hallazgo y la formulación de una idea, la invención de un concepto, todo ello relacionado con circunstancias personales, psicológicas, sociológicas, políticas y hasta económicas o tecnológicas que pudiesen haber gravitado en la gestación del descubrimiento o influido en su aparición. A ello se opondría por contraste el contexto de justificación, que aborda cuestiones de validación: cómo saber si el descubrimiento realizado es auténtico o no, si la creencia es verdadera o falsa, si una teoría es justificable, si las evidencias apoyan nuestras afirmaciones o si realmente se ha incrementado el conocimiento disponible.' Klimovsky agrega a éstos un tercero: el contexto de aplicación, donde se discuten la utilidad, el beneficio o perjuicio del conocimiento científico para la comunidad o especie humana.

completamente su personalidad propia'. Apropiándose de lexemas provenientes de la zoología, afirmaba que

Esta pretendida educación tiende a establecer una verdadera *homocromía* social entre el individuo y las ideas de la sociedad, y un riguroso *mimetismo personal* con las costumbres corrientes en ella. (1962a: 50–51)

Pero no todas las formas de la simulación eran perjudiciales o nocivas para el recto desenvolvimiento de la personalidad. O, al menos, la simulación proveía su propio antídoto: la 'fumistería'. En una evidente referencia autobiográfica, Ingenieros expuso las características de los 'simuladores fumistas', a quienes definió como 'sujetos mentalmente superiores, hiperestésicos e hiperactivos, exuberantes de vida y de alegría', con una notable 'salud física, moral e intelectual' que se ocupaban en '*tomar el pelo* a los tontivanos'. Estos 'fumistas' o 'fisgones' — entre los cuales se podría incluir a Ingenieros, famoso por las bromas pesadas que protagonizó en su época — no simulaban para luchar por la vida 'sino por tendencia natural', por 'placer intelectual', sin un interés práctico a la vista. Por el contrario, decía, 'el juego desinteresado es un derroche y revela superioridad' (1962a: 84–85). Como puede apreciarse, el fumista era una suerte de practicante de *l'art pour l'art*, un verdadero 'artista de la simulación' que hacía de esta última un ejercicio que posibilitaba la unificación de la naturaleza y la cultura, al haber evolucionado desde las formas biológicas del mimetismo hasta una modalidad del arte entendido en ese sentido anti-utilitario y autónomo que cifraría las más caras ambiciones de los modernistas.

Ramos Mejía: la interpretación política

Hemos mencionado que el éxito del evolucionismo en América Latina en general y en el Río de la Plata en particular, le debió mucho a su asociación con la filosofía positivista. Ya en la novela de Eduardo Holmberg *Dos partidos en lucha: fantasía científica*, de 1875, el coleccionista y naturalista Grifitz, representante de la corriente darwinista, anunciaba: 'Sirvo una doctrina científica: el *darwinismo*. Tarde o temprano llegará a ser una doctrina política' (Holmberg 1875: 45).⁹ Y, efectivamente, en el marco del positivismo, el evolucionismo se transformó en una 'ideología del progreso', a pesar de ser en origen una doctrina casi catastrofista que dejaba más lugar al azar que a la planificación (Montserrat 1993, 1995; Romero 1987).¹⁰

En cuanto a Ingenieros, podemos observar que ya en su primera obra, *¿Qué es el socialismo?*, editada en 1895, sus ideas políticas y las doctrinas evolucionistas se encontraban solidariamente entramadas. Desde la perspectiva del pensamiento político

⁹ En la cita, modernizamos la ortografía.

¹⁰ Gregorio Weinberg (1998: 49–63) explica cómo la 'filosofía del progreso' se tornó cómplice de una 'filosofía del orden' en América Latina. Según este autor, la idea de progreso se incorporó al vocabulario cotidiano en una época en que América Latina buscaba insertarse en el mercado mundial, lo cual articuló nuevas formas de dependencia, cierta solidaridad con el liberalismo y una modificación en los sistemas de producción, que privilegiaron, en el caso argentino, el comercio de productos agrícolas y ganaderos, todo lo cual redundó en la consolidación social y política de los propietarios de la tierra. En América Latina en general, todavía desorganizada tras la independencia de la mayoría de las ex colonias españolas, se llegó a pensar que alcanzar el progreso requería de una etapa previa de 'orden'. Así, el liberalismo comercial estaba emparentado con cierto conservadurismo político, la civilización era confundida con el confort material y el afianzamiento de las oligarquías terratenientes ocultó pero no conjuró las demandas sociales.

de izquierda, esta asociación encuentra su razón de ser en el hecho de que el evolucionismo, especialmente en su vertiente haeckeliana, se había difundido entre las filas anarquistas y socialistas gracias a las publicaciones españolas de Francisco Sempere, casa editora valenciana nacida bajo el padrinazgo de Vicente Blasco Ibáñez. Acerca de la integración solidaria de las nociones de evolución y progreso y su protagonismo en el debate político, Eric Hobsbawm explica así la utilización que los partidos socialistas hicieron de estos conceptos:

los partidos socialistas eran, prácticamente por definición, partidos dedicados a ese concepto clave del siglo XIX, el *progreso*. Apoyaban, especialmente en su forma marxista, la inevitable marcha hacia adelante de la historia, hacia un futuro mejor, cuyo contenido exacto tal vez no estaba claro, pero que desde luego preveía el triunfo continuado y acelerado de la razón y la educación, de la ciencia y de la tecnología. (Hobsbawm 1998: 148-49)

En este punto, la ideología de las izquierdas había capitalizado el optimismo social característico de la época del romanticismo, cuando la ciencia y el progreso habían iluminado la fe del llamado 'romanticismo social' que soñaba con la superación de la humanidad, en lo cual se mostraba heredero de la Ilustración (Picard: 139-57). Pero simultáneamente, en Argentina y otros países latinoamericanos, el progreso y las ideas evolutivas fueron funcionales a la filosofía positivista un tanto heterodoxa que suscribía la nueva clase hegemónica. En verdad, no puede hablarse de positivismo estricto en el Río de la Plata, ya que no siempre eran los libros de Comte o Spencer los que se leían sino, como muchas veces había ocurrido con otras fuentes de la cultura europea, textos y compendios de sus divulgadores.¹¹ Una peculiaridad del positivismo en la Argentina, compartida con otros países latinoamericanos, es que planteó una interpretación verosímil de la realidad nacional y se articuló con instituciones educativas, jurídicas, sanitarias y militares propiciando la consolidación del Estado y de la nación. Sin embargo, en el período que va de 1880 a 1910, otras corrientes filosóficas compartieron la escena en América Latina. Se produjo una superposición de corrientes ideológicas y estéticas como el vitalismo, el decadentismo, el espiritualismo modernista o el espiritismo, a las que se sumaban los resabios del romanticismo, el realismo, el naturalismo, el parnasianismo, el simbolismo, etc. Pero ciertamente, el positivismo excedió, como afirma Hugo Biagini (1981), a todas las 'filosofías' que siguieron a la escolástica colonial en América Latina.

¹¹ Como es sabido, el término 'positivismo' hace referencia a una escuela filosófica desde Auguste Comte, quien desarrolló una 'filosofía positiva', la cual comprendía una doctrina acerca de la ciencia pero también sobre la sociedad y las normas necesarias para reformarla hasta conducirla a su etapa 'positiva'. Entre los filósofos positivistas encontramos a John Stuart Mill, Spencer, Mach, Avenarius, Vaihinger, aunque no todos siguieron el modelo de Comte en forma *ortodoxa*. Recordemos que el cientificismo está en los orígenes del positivismo, pues el término mismo *positivismo*, inventado por el utópico Saint-Simon, designaba el método científico y su extensión a la filosofía. Esta extensión fue ampliada por Comte y Spencer, quienes vieron en el positivismo el pináculo de la Revolución Científica y buscaron convertirlo en un sistema general, que incluyera la acción social y política. Desde luego, el positivismo no apareció de la noche a la mañana en el Río de la Plata: ya en autores como Bello, Sarmiento, Lastarria o Alberdi pueden verse tendencias críticas cercanas al positivismo aun antes de 1880. Eso se debió a la influencia de la filosofía de la naturaleza que había introducido el enciclopedismo del siglo XVIII y que había seguido existiendo, conviviendo con el idealismo romántico (Romero 1987; Terán 1983, 1987; "Prólogo" a Zea 1980; Biagini 1981; 'positivismo' en Ferrater Mora 1980: 2640).

En opinión de Leopoldo Zea, la preeminencia ideológica del positivismo en el período de entresiglo se debe a la voluntad de las clases dirigentes latinoamericanas, especialmente la argentina, de ‘ser como los yankees para no ser dominados por ellos o ser, simplemente, los yankees del sur’ para integrarse en el mundo que los EEUU estaban creando y en el cual se perfilaban como potencia dominadora. En sincronía con ese objetivo, el positivismo representaba una filosofía solidaria de las aspiraciones de *civilización y progreso*, notas que distinguían aquello que los latinoamericanos valoraban en la Europa Occidental o los EEUU.

Dado este entramado de las ideas de evolución/positivismo/progreso, no es de extrañar que en el estudio de ‘psicología social’ que, según Ingenieros, era *Simulación*, la cita a la autoridad de Darwin sea explícita. Aparece ya en la segunda página del libro y se llega a afirmar que la doctrina darwiniana es ‘la premisa que sustenta todo el desenvolvimiento de este ensayo’ (Ingenieros 1962a: 26). Elevado a su condición de teoría de la cultura, el mimetismo/simulación de Ingenieros admitía una lectura política. Así, el ex militante socialista reaparecía en la crítica a la *misión civilizadora* con que se justificaba el imperialismo, en este caso, europeo, atacado ahora gracias a esta proyección/transformación del mimetismo biológico en simulación cultural:

Los latinoamericanos, explotados por España en otro tiempo, y los boers, depredados hoy de sus minas de oro por Inglaterra, podrían decir al mundo entero que la pretendida misión civilizadora fue una simple disimulación de la avaricia nacional. El *nacionalismo*, esa forma mórbida colectiva del patriotismo, es en muchos casos una simulación de politiqueros hábiles y ambiciosos, que saben encontrar los resortes de la popularidad en la excitación de las más atrasadas pasiones de las turbas. (1962a: 52)

Nótese que al anudar en ‘las turbas’ esa relación dialéctica entre nacionalismo e imperialismo, Ingenieros abría la posibilidad de un nuevo capítulo en lo que hacía al análisis de la historia política local: el empleo de la categoría de la simulación para estudiar la conducta de los líderes de esas mismas ‘turbas’ cuya irracionalidad permitía, según había concluido José María Ramos Mejía en *Las multitudes argentinas*, el entronizamiento de los caudillos. El camino que Ingenieros dejaba así abierto sería recorrido, en breve tiempo, por el mismo Ramos Mejía, quien, en *Los simuladores del talento* (de aquí en adelante, *Talento*), se proponía estudiar las que llamaba ‘facultades defensivas’ que los caudillos habían aplicado a su ‘gestión política’. En la ‘Introducción’ a este libro, Ramos Mejía deja sentada la genealogía del concepto de simulación que estructura su libro, eminentemente ensayístico. Menciona como sus precursores a Darwin, Wallace, Guenot, De Lanessan, Le Dantec, Laurent, y reconoce que fue su ex discípulo Ingenieros quien, tras reunir esos estudios, interpretó los fenómenos del mimetismo como forma de lucha por la vida en *las sociedades humanas*. De ese modo, la simulación propiamente dicha sólo habría sido estudiada por Ingenieros, ‘existiendo un franco paralelismo entre las formas de lucha y las simulaciones adaptativas’ (Ramos Mejía 1955: 7). Una nueva inflexión a la teoría del mimetismo/simulación será producida por Ramos Mejía al usar estas categorías para estudiar el problema del caudillismo en la Argentina, temas que ya lo habían ocupado en *Neurosis de los hombres célebres* (1872) y el ya citado *Las multitudes argentinas* (1900). Ramos Mejía, en efecto, vuelve a la fuente darwiniana — esta vez, a los diarios del viaje en el *Beagle* — para identificar un grupo de animales que usa el mimetismo con carácter defensivo:

Leo en el *Viaje de un naturalista*, que ciertos sauros se hinchan cuando están irritados y que algunos como el Tapayo Doreglassi, que es lento e inofensivo, que no muerde jamás, tiene

toda su protección en estas apariencias feroces con que regala la imaginativa de los naturalistas. Sus adversarios le tienen cierto respeto salvador y sin embargo es un falso Cid; asusta con el artificio, o como decimos nosotros, con la *parada* ... (Ramos Mejía 1955: 15; la bastardilla es del autor)

Con expresiones propias del lenguaje rioplatense — ‘parada’ —, explica la falacia del concepto de genialidad tan frecuentemente asignado a los héroes y caudillos locales: ‘En la esgrima de estas aptitudes de protección, el *defensivo* suele tener golpes de éxito que lo equiparan al genio’ (Ramos Mejía 1955: 23), carácter defensivo que se extiende al mismo ámbito parlamentario, en el que se incluye esta nueva fauna constituida por los que Ramos llama ‘oradores defensivos’:

Jamás los veréis concebir un proyecto en que se vea palpar el sentimiento de una necesidad pública, escribir un libro trascendental, pronunciar un discurso con un pensamiento que lo anime, porque toda la intelectualidad del *orador defensivo*, no pasa más allá del tegumento, oprimidos los meollos por un despliegue invasor de la circunvolución de Broca y de todas sus adyacencias, movilizadas por un verdadero erotismo verbal. (Ramos Mejía 1955: 30; la bastardilla es suya)

La simulación explica, así, en gran medida, el funcionamiento de la política argentina, en tiempos de paz y de guerra:

Cuando la agitación toma grandes proporciones, el *ser caudillo* llega a constituir una profesión, y el arte de simular una personalidad, es fácil y hasta lucrativo. Las facultades plásticas de ciertos caracteres permite[n], a los que tienen buenas disposiciones simuladoras, formarse una, accidental y pasajera si se quiere, pero que si el temperamento se presta llega a encarnar genuinamente voluntades y apetitos de determinadas fracciones, que le dan ponderación social. (Ramos Mejía 1955: 48–49)

No obstante, Ramos no les reconoce a los caudillos la capacidad para comunicarse con las ‘multitudes’ o para diseñar una mínima plataforma ideológica que dé coherencia discursiva a sus partidos o facciones. Ahí entra en juego la contrapartida del *simulador*: el *disimulador*, bajo la forma del intelectual que oficia como ideólogo del caudillo:

La historia de Cyrano se reproduce al infinito en la vida social y política, especialmente de estos pueblos. La antigua estirpe del caudillo político ha hecho toda la gestión de su poderosa influencia, con este instrumento cuya presencia todavía oscurece el juicio definitivo de la historia, con su acción perturbadora. Cada caudillo tenía detrás, con nombres más o menos pintorescos, un *disimulador* que le fabricaba constituciones y teorías, rellenando la escueta figura de muchos de ellos, con el aserrín de esta literatura que tanta sangre cuesta a la República. (Ramos Mejía 1955: 103–04)

Pero ni la seducción ideológica ni el simple empleo de la fuerza son medios suficientes para lograr el ascenso social de los caudillos y, lo que es más inexplicable, su preservación en el poder, a pesar de ser públicamente reconocidos como ‘tiranos’ de diversos estilos. ¿Qué es lo que hace que la política argentina sea tan proclive al caudillismo?, se pregunta Ramos. Y encuentra la respuesta en la economía, como causa y finalidad de los distintos mecanismos que entran en juego para sostener el poder del caudillismo:

La inseguridad de la propiedad y de la fortuna en este pueblo esencialmente comercial, por más que la lira romántica haya cantado su ideal desprendimiento, dio al caudillo el arma de la extorsión como un instrumento poderoso para conquistar la tolerancia política y social de su tiranía. El *instinto de conservación económica* es buen consejero y pocas veces se engaña en la orientación que marca a la conducta [...]. Los hombres ricos tienen mucho

que guardar y por ende mucho que tolerar. La pobreza es belicosa; de ese concepto surge lógicamente el propósito del *caudillo de tipo financiero*: enriquecerla, trocar las armas por el papel moneda, el puñal por el descuento fácil y generoso. (Ramos Mejía 1955: 146–47; nuestro subrayado; bastardilla del autor)

Notemos, de paso, la lectura crítica que Ramos efectúa del romanticismo local, entendido como una estética idealizadora, alejada de la verdadera comprensión de la realidad americana. Del fragmento citado se deduce que estas modalidades de la simulación — entre patológica e inmoral — no son exclusivas de la clase política. Parecen, según Ramos, configurar cierta dimensión esencial de la organización social argentina, en la que se forman corporaciones — los que llama ‘vientres de presa’ — que se dedican al lucro *mimetizándose* con las corrientes políticas del momento, sin verdadera convicción ideológica:

Según las épocas y las circunstancias económicas o las modas financieras, los *Vientres de presa* son especialistas en todo: en el acaparamiento de la tierra, en el monopolio de las licitaciones, en la enseñanza, o en la compra de buques y armamentos. Como tienen el don precioso del mimetismo administrativo, se ocultan tomando el color de todas las banderas, según las circunstancias y las necesidades. (Ramos Mejía 1955: 57)

Cabe aclarar que, para Ramos, estos ‘vientres de presa’ no son necesariamente organizaciones ilegales: la misma Iglesia Católica es considerada un ‘*auxiliar* [...] para los fines de simulación y de lucha por la vida’, lo cual quedaba ejemplificado por la asociación de esta institución con el rosismo o por ‘el inolvidable Facundo [que levantaba] aquel lábaro negro con que simulaba defender la *santa religión* que a nadie se la había ocurrido atacar’. (Ramos Mejía 1955: 137–38)

Ideas fuera de lugar

Al terminar la lectura de *Simulación y Talento*, el efecto en el receptor podría ser el del desasosiego absoluto ante la condición humana en general y argentina en particular. No obstante, el utopismo socialista de Ingenieros todavía ofrece una salida, cuando explica que el *progreso* y la *evolución* tienen como destino la solidaridad:

Todo, en cambio, induce a creer que las sociedades humanas, en su desarrollo progresivo, irán acrecentando la solidaridad entre sus componentes. Si se abarca, en efecto, la evolución social en una mirada sintética, se advierte que la asociación para la lucha va substituyendo entre los hombres el antagonismo en la lucha. (1962a: 36; nuestro subrayado)

Si ya era una operación inusual convertir el mimetismo/simulación en una categoría para interpretar el funcionamiento de las sociedades humanas, presuponer que la ‘lucha por la vida’ va a progresar hasta alcanzar un *modus vivendi* fundado en la solidaridad no es menos insólito. Decididamente, en el caso de Ingenieros — y probablemente en otros de los llamados positivistas latinoamericanos —, vemos que el evolucionismo adquiere el estatuto de una de esas ‘ideas fuera de lugar’ que para Roberto Schwarz son producto de nuestra situación culturalmente dependiente.¹² Pero también, y para decirlo en lenguaje caro a los transformistas, se trata de una *variación* geoculturalmente condicionada de una teoría científica europea, de una apropiación del paradigma evolucionista al cual se le

¹² Sostiene Schwarz que ‘Ideas are in place when they represent abstractions of the process they refer to, and it is a fatal consequence of our cultural dependency that we are always interpreting our reality with conceptual systems created somewhere else, whose basis lies in other social processes’ (1992: 39).

imprime una flexión diferencial, propia de un médico del cono sur con un pasado como militante socialista y con preocupaciones pro-latinoamericanistas y antiimperialistas que se harían más visibles en la última etapa de su vida. También en el caso de Ramos Mejía y de su obsesión por explicar el tema del caudillismo en términos intelectuales, por asignarle una lógica a esa forma de vida política que iba contra todos los principios ilustrados que habían inspirado a los ideólogos de la organización nacional, tenemos otro ejemplo de la apropiación creativa de conceptos como los de *evolución* o *mimetismo*: usados en todo el mundo occidental tras lo que se dio en llamar la ‘revolución darwinista’, se emplean en nuestro ámbito con un sesgo diferencial y, anclados a problemáticas locales, adquieren sentidos desplazados, metafóricos en cierto grado, que los alejan del campo conceptual originario y del contexto de problemas científicos para los que fueron pensados.

Sería empobrecedor — y no revelaría la complejidad del asunto — leer estos textos como *copias distorsionadas* de la ciencia y la filosofía europeas. Incluso podríamos caer en una lectura propia de ciertos sectores de la intelectualidad occidental, y *lamentar* el uso indebido o incorrecto de ideas y teorías (Ianni 1995: 130). Tampoco se trata, ciertamente, de ver en estos textos simples variaciones sobre un mismo tema que hacen a la *diversidad* cultural; son, por el contrario, productos de la *diferencia*. Dice Hommi Bhabha:

The problematic enunciation of cultural difference becomes, in the discourse of relativism, the perspectival problem of temporal and spatial distance. The threatened *loss* of meaningfulness in cross-cultural interpretation, which is as much a problem of the structure of the signifier as it is a question of cultural codes (the *experience* of other cultures), then becomes a hermeneutic project for the restoration of cultural *essence* or authenticity. [...] Cultural difference [...] is not the acquisition or accumulation of additional cultural knowledge; it is the momentous, if momentary, extinction of the recognizable object of culture in the disturbed artifice of its signification, at the edge of experience. (Bhabha 1994: 125)

En ese proceso hermenéutico de ‘apropiación impropia’,¹³ prima el gesto de la lectura ecléctica orientada a la recreación local, un *ars combinatoria* de las ‘fuentes’ de la tradición occidental alentado por el deseo de pensar, con un instrumental intelectual y retórico ‘importado’, problemas originales de América Latina.¹⁴ Esto favorece el cruce conceptual y léxico de teorías tributarias de distintas disciplinas u órdenes del saber — literatura, biología, historiografía, sociología, etc. — en cuya conjunción se confía para abordar objetos complejos, como la constitución e idiosincrasia de las sociedades latinoamericanas. Quizás debamos, en consecuencia, ejercitar nuestra capacidad de poner en relación la literatura con otras prácticas culturales, como la ciencia, para vislumbrar esa suerte de ‘epistemología’ tan insólita que Octavio Ianni atribuye a la ‘interlocución polifónica’ de los escritores latinoamericanos con la cultura occidental.

OBRAS CITADAS

- Bernard, Claude, 1944. *Introducción al estudio de la medicina experimental*, traducción de Nydia Lamarque (Buenos Aires: Losada).
- Bhabha, Homi, 1994. *The Location of Culture* (London & New York: Routledge).

¹³ El concepto es de Leela Gandhi y es citado por Coutinho (2003: 93), para hacer referencia al proceso dialéctico en el marco del cual la retórica y el vocabulario coloniales son empleados en un proceso de autodiferenciación anticolonial.

¹⁴ Usamos el término *original* en su doble sentido, como ‘propio del lugar’ y también como ‘novedoso’.

- Biagini, Hugo, 1981. 'Reexamen del positivismo en la Argentina', *Todo Es Historia*, 15 (núm. 173): 22–25.
- Bono, James, 1990. 'Science, Discourse, and Literature: The Role/Rule of Metaphor in Science', in *Literature and Science: Theory and Practice*, ed. Stuart Peterfreund (Boston: Northern University Press), pp. 59–89.
- Bourdieu, Pierre, 1995 [1992]. *Las reglas del arte: génesis y estructura del campo literario*, traducción de Thomas Kauf (Barcelona: Anagrama).
- Comte, Auguste, 1981 [1830]. *Curso de filosofía positiva: primera y segunda lecciones* (Buenos Aires: Aguilar).
- Coutinho, Eduardo F., 2003. *Literatura comparada na América Latina: ensaios* (Rio de Janeiro: EDUERJ).
- Darío, Rubén, 1994 [1896]. *Los raros, seguido de otras crónicas literarias*, estudio preliminar de Sonia Contardi (Buenos Aires: Losada).
- Ferrater Mora, José, 1980. *Diccionario de filosofía*, III (Madrid: Alianza).
- González, Horacio, 1999. *Restos pampeanos: ciencia, ensayo y política en la cultura argentina del siglo XX* (Buenos Aires: Colihue).
- Hayles, N. Catherine, 1990. 'Self-Reflexive Metaphors in Maxwell's Demon and Shannon's Choice: Finding the Passages', in *Literature and Science: Theory and Practice*, ed. Stuart Peterfreund (Boston: Northern UP), pp. 209–37.
- Hobsbawm, Eric, 1998 [1987]. *La era del imperio, 1875–1914* (Buenos Aires: Crítica).
- Holmberg, Eduardo L., 1875. *Dos partidos en lucha: fantasía científica* (Buenos Aires: Imprenta de El Argentino).
- Ianni, Octavio, 1995. *O labirinto latino-americano* (Petrópolis: Vozes).
- Ingenieros, José, 1962a. *La simulación en la lucha por la vida*, en sus *Obras completas*, I (Buenos Aires: Ediciones Mar Océano), pp. 16–116.
- , 1962b. *La psicopatología en el arte* en *Obras completas*, I (Buenos Aires: Ediciones Mar Océano), pp. 299–409.
- Klimovsky, Gregorio, 1995. *Las desventuras del conocimiento científico* (Buenos Aires: A-Z).
- Locke, David, 1992. *Science as Writing* (New Haven & London: Yale UP).
- Lombroso, César, 1902. *El delito: sus causas y remedios* (Madrid: Victoriano Suárez).
- Montserrat, Marcelo, 1993. *Ciencia, historia y sociedad en la Argentina del siglo XIX* (Buenos Aires: CEAL).
- , 1995. 'La recepción literaria de la ciencia en la Argentina: el caso darwiniano', *Redes: Revista de Estudios Sociales de la Ciencia*, 2.3: 99–117.
- Nordau, Max, 1993 [1892]. *Degeneration*, introduction by George L. Mosse (Lincoln & London: University of Nebraska Press).
- Nouzeilles, Gabriela, 1997. 'Narrar el cuerpo propio: retórica modernista de la enfermedad', *Estudios: Revista de Investigaciones Literarias*, 5.9: 149–76.
- Pick, Daniel, 1999 [1989]. *Faces of Degeneration: A European Disorder, c. 1848–c. 1916* (Cambridge, New York & Melbourne: Cambridge UP).
- Ramos Mejía, José María, 1955 [1904]. *Los simuladores del talento* (Buenos Aires: TOR).
- Romero, José Luis, 1987 [1965]. *El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina del siglo XX* (Buenos Aires: Biblioteca Actual).
- Salessi, Jorge, 1994. 'Identificaciones científicas y resistencias políticas', en *Las culturas de fin de siglo en América Latina: Coloquio en Yale, 8 y 9 de abril de 1994*, comp. Josefina Ludmer (Rosario: Beatriz Viterbo), pp. 80–90.
- Schwarz, Roberto, 1992. *Misplaced Ideas: Essays on Brazilian Culture*, edited with an introduction by John Gledson (London & New York: Verso).
- Terán, Oscar, 1983. *América latina: positivismo y nación* (México: Katún).
- , 1986. *En busca de la ideología argentina* (Buenos Aires: Catálogos).
- , 1987. *Positivismo y nación en la Argentina* (Buenos Aires: Puntosur).

Weinberg, Gregorio, 1998 [1996]. *La ciencia y la idea de progreso en América Latina, 1860–1930* (Buenos Aires & México: FCE).

Zea, Leopoldo, 1980. *Pensamiento positivista latinoamericano, I* (Caracas: Biblioteca Ayacucho).

The aim of this article is to carry out a comparative study of two works written in Argentina at the beginning of the twentieth century: La simulación en la lucha por la vida by José Ingenieros and Los simuladores del talento by José María Ramos Mejía. In both cases the analysis focuses upon the relationship between the texts and the terms and concepts inherited from evolutionary theories, which are transformed, in Ingenieros's and Ramos's texts, into keys for interpreting the cultural and political local processes. The article concludes with some reflections upon the dialectics of appropriation and transformation of scientific theories of European origin in the Latin American context.

Copyright of Hispanic Research Journal is the property of Maney Publishing and its content may not be copied or emailed to multiple sites or posted to a listserv without the copyright holder's express written permission. However, users may print, download, or email articles for individual use.

Copyright of Hispanic Research Journal is the property of Maney Publishing and its content may not be copied or emailed to multiple sites or posted to a listserv without the copyright holder's express written permission. However, users may print, download, or email articles for individual use.